



HISTORIA: CIENCIA Y FICCIÓN
VIAJES A TRAVÉS
DEL TIEMPO

Jesús A. Diez Canseco

HISTORIA: CIENCIA Y FICCIÓN
VIAJES A TRAVÉS
DEL TIEMPO



Primera edición: febrero de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús A. Díez Canseco

ISBN: 978-84-18097-82-9

ISBN digital: 978-84-18097-83-6

Depósito legal: M-3811-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

ÍNDICE

PREFACIO	11
CAPÍTULO I El profesor Altavera viaja a la Comunidad Primitiva Humana.....	15
CAPÍTULO II Viaje a las primeras sociedades esclavistas.....	25
CAPÍTULO III Viajes por las primeras ciudades del mundo	45
CAPÍTULO IV Viajes por otras ciudades esclavistas	57
CAPÍTULO V Viaje al Imperio egipcio	67
CAPÍTULO VI Viaje a la Grecia clásica y al breve imperio de Alejandro Magno	79
CAPÍTULO VII Roma imperial	93
CAPÍTULO VIII Debate sobre las causas de la disolución de la Comunidad Primitiva y el surgimiento de las sociedades clasistas. Una entrevista con el rector	113
CAPÍTULO IX Viaje al Medioevo.....	127
CAPÍTULO X El viajero observa las Cruzadas y el Renacimiento.....	137
CAPÍTULO XI Viajes a Norteamérica, Centroamérica y el Caribe	151
CAPÍTULO XII Viaje a Sudamérica. Civilizaciones preincaicas..	171
CAPÍTULO XIII El Imperio incaico	187
CAPÍTULO XIV Regreso a la universidad. Un seminario. El profesor Altavera presencia las invasiones de México, del Imperio incaico y de los pueblos nativos de Norteamérica	205
CAPÍTULO XV El rector convoca a la Asamblea Universitaria..	227
CAPÍTULO XVI Disturbios en la universidad	247

CAPÍTULO XVII Transición del modo de producción feudal al modo de producción capitalista	267
CAPÍTULO XVIII Encuentros con algunos pensadores de la Ilustración y otros precursores de la Revolución francesa.....	275
CAPÍTULO XIX La Revolución francesa.....	303
CAPÍTULO XX De vuelta a la universidad.El viajero presencia otras revoluciones dentro de la clase burguesa	321
CAPÍTULO XXI El profesor Altavera viaja a la Inglaterra industrial y capitalista de mediados del siglo XIX.....	343
CAPÍTULO XXII Una reunión con Carlos Marx.....	365
CAPÍTULO XXIII El viajero del tiempo presencia las revoluciones populares de Rusia, China y Cuba. Fin de los viajes ...	383
EPÍLOGO De regreso a la universidad y clausura del año académico	403

PREFACIO

Es muy probable que el sueño de un historiador sea conocer los hechos pasados como si él hubiese sido testigo presencial de ellos. De esa manera, no le quedaría ninguna duda de la veracidad de tales hechos y de que el análisis subsiguiente dará paso a conclusiones basadas en la verdad, tal como lo demanda toda ciencia. Por supuesto, pensará el lector, que eso es imposible, pues nadie puede regresar al pasado.

Aceptada esa evidente imposibilidad, hemos de reconocer que hay historiadores que por sus cualidades profesionales nos presentan las realidades históricas como si fuesen experiencias por ellos mismos vividas, revestidas de sólida validez científica, útiles para conocer el pasado, provechosas para comprender el presente y valiosas para prepararnos a confrontar lo que el futuro nos depare. Y esto sí cae no solo en el campo de lo posible, sino de lo real.

Para ello, sin embargo, es necesario que el historiador posea un acendrado convencimiento de que todos los hombres, del presente y del pasado, somos esencialmente iguales por naturaleza, llamados a vivir en unidad y facultados a ejercer la libertad que nos diferencia de los demás seres de la Naturaleza. Para el historiador, la verdad de todos los tiempos se expresa en el respeto al hombre en su devenir histórico. Es decir, el historiador alcanza la verdad cuando trata al ser humano como principio y fin, objetivo y meta de todo lo existente. Contrariamente, el historiador incurre en la falsedad cuando considera al hombre como un ser que, a lo largo de su historia, encuentra su realización en la desigualdad, en la

subyugación o en la división de la colectividad en clases conflictivas. La falsedad histórica no conduce al conocimiento de la evolución del hombre, sino de su aniquilación.

En este libro presentamos al profesor universitario Eulogio Altavera como un auténtico historiador cuyos conocimientos provienen de todas las fuentes recomendadas y reconocidas por la ciencia de la historia. Invitamos al lector a que verifique, por los medios que él crea convenientes, la autenticidad de los hechos históricos que de las enseñanzas de dicho profesor hemos recopilado en las páginas de esta obra. No es raro para muchas personas revivir en sus sueños lo que ocupa sus mentes en el estado de consciencia. Por eso, no es de llamar la atención que el mencionado docente universitario tuviese la capacidad de revivir en sus sueños lo que de día estudiaba, sin que esto restase en nada el valor de tales vivencias.

Además de los hechos históricos que el profesor Altavera y su equipo académico presentan a sus alumnos, este libro incluye debates en el salón de clases, presentaciones a cargo de los estudiantes, acontecimientos universitarios y reflexiones personales del referido docente. Por cuanto el contenido histórico aquí tratado abarca desde los orígenes del hombre en la Comunidad Primitiva hasta los acontecimientos relevantes de nuestra época, el lector se enterará de numerosos viajes a través del tiempo por las principales civilizaciones del mundo. Se encontrará con personas de la vida cotidiana, así como con los personajes más sobresalientes de la historia y una síntesis de sus pensamientos.

Como el lector verá a lo largo de la lectura, las actividades académicas del profesor Altavera ponen énfasis en los valores de la libertad, la igualdad y la unidad humanas, en la defensa de los derechos de las clases trabajadoras, en el estudio de los modos de producción económica y en el análisis de las sociedades divididas en clases socioeconómicas antagonistas.

Es nuestra expectativa llegar a lectores que estén dispuestos a disfrutar de nuevas experiencias, a ampliar horizontes, a desempolvar

verdades y a pensar por sí mismos. Lo que encontrarán en estas páginas no tiene otra intención sino la de alcanzar el bien común, la justicia y la paz para todos.

JESÚS A. DÍEZ CANSECO

CAPÍTULO I

EL PROFESOR ALTAVERA VIAJA A LA COMUNIDAD PRIMITIVA HUMANA

Maravillado despertó el profesor Eulogio Altavera el amanecer del día 21 de octubre y su felicidad no tenía límites. Sentía que todo su cuerpo irradiaba más luz que el sol que empezaba a asomarse por detrás de las elevadas colinas que bordeaban la ciudad donde hacía exactamente 29 años él llegara al mundo. La noche anterior había tenido un sueño que lo transportó hacia el pasado hasta llegar a las etapas aurorales de la humanidad, cuando el hombre alcanzaba su identidad humana y dejaba atrás las formas evolutivas homínidas. En la claridad de su sueño, no solo vio a los primeros hombres que pisaron la tierra, sino vivió con ellos y como ellos en una unión similar a la que experimentan los miembros de una familia. Había disfrutado de ese sueño como si hubiese sido la realización del sueño de toda su vida.

En su condición de profesor universitario del curso de Historia Analítica de la Humanidad, él no podría haber deseado nada más gratificante que vivir con sus congéneres del pasado. No le era suficiente adquirir el conocimiento simplemente por medio de los innumerables libros que sobre la historia de la humanidad había él literalmente devorado con la avidez de un enamorado de la

verdad. La inteligencia, la imaginación, la reflexión, el consciente, el subconsciente y toda facultad mental eran para él instrumentos útiles en la búsqueda de la verdad. Él hacía honor al nombre que sus padres le dieron, Eulogio, que proviene de las palabras *Eu*, que quiere decir ‘bueno’, y *logos*, que quiere decir ‘palabra’. Tal nombre iba en perfecta armonía con el apellido Altavera, que significa ‘alta verdad’.

Eulogio Altavera era muy estimado por sus alumnos y colegas universitarios. Sus atributos intelectuales eran mayores que los atractivos físicos de su estatura alta, contextura delgada, la simetría de su rostro, sus ojos oscuros y el afilado bigote que le daba un tono de distinción. Se le admiraba por ser el profesor que pasaba largas horas en la biblioteca leyendo libros y consultando publicaciones en internet; se le reconocía por su constante afán de superación y por ser el docente más joven que desde hacía cuatro años poseía ya el grado de doctor en Humanidades. Era infaltable en las conferencias y seminarios que, sobre las ciencias de su interés, organizaban la universidad y otras instituciones académicas. Guardaba todos sus títulos y certificados profesionales en un cofre que tenía en su casa, pues, según él, los diplomas profesionales solo son reconocimientos exteriores de lo que la persona siembra en su mente y practica en la vida. Era mejor, decía, no exhibirlos para evitar que la vanidad atente contra la humildad. Para él, la enseñanza del curso antes mencionado estaba centrada en el conocimiento del ser humano como sujeto y meta final de todo lo existente, como beneficiario de todas sus creaciones. No le era concebible impartir una enseñanza que no estuviese diseñada para servir incondicionalmente al hombre. Y hombre es el ser que, por un proceso de evolución, se va haciendo a sí mismo hasta adquirir los atributos que lo diferencian de los demás seres que pueblan el mundo.

Para el profesor Altavera, el sueño de la noche anterior había sido algo así como un viaje a través del tiempo, una visita a la

Comunidad Primitiva donde pudo ser testigo ocular del modo en que el hombre se hacía hombre, cada vez más humano, cada vez más completo tanto física como mentalmente. Fue testigo de los cambios en el tamaño del cerebro, del perfeccionamiento del lenguaje hablado, de la creciente habilidad para expresar sentimientos, del refinamiento en los modales y relaciones interpersonales, de la práctica de lo bueno por ser el medio de vida unitaria y del rechazo de lo malo por ser un impedimento al bienestar. En su sueño, el tiempo transcurría como queriendo dar al viajero una visión de conjunto que le hiciese apreciar el proceso evolutivo durante cientos de miles de años. Era una maravilla presenciar los progresos que los seres humanos alcanzaban como resultado de su esfuerzo y su intencionalidad para hacerse humanamente mejores. Era notorio que la valía de cada persona contribuía a elevar la valía de la colectividad entera; de allí que no eran concebibles los actos de destrucción entre ellos. La forma comunitaria de existencia iba evolucionando hasta hacer de ella el medio idóneo de vida.

Con el transcurso del tiempo y en mérito al empeño comunitario, todos se beneficiaban sin perjudicar a nadie, todos comprendían el devenir cotidiano y nada quedaba oculto. El viajero acompañó a los hombres que empezaban a hacer uso sistemático del fuego que antes conocían en su fuerza indomable. Observó la evolución de la destreza de manos humanas que confeccionaban instrumentos de caza cada vez más efectivos. Se llenaba de indescriptible placer al comprobar que los hombres avanzaban en la habilidad de crear objetos utilizándolos para beneficio mutuo y no para la destrucción. Todo era de todos, nadie se adueñaba de lo que era de la comunidad, todos daban de lo que tenían, todos recibían lo que necesitaban; a nadie le faltaba, a nadie le sobraba. La naturaleza humana coexistía en armonía con la Naturaleza.

En este viaje compartió la alegría y el gozo indescriptible de aquellos hombres y mujeres primigenios, quienes, conscientes de ser poseedores de los atributos de la racionalidad y la inteligencia

humanas, eran capaces de afrontar y resolver situaciones intrincadas y complejas como ningún otro ser en la Naturaleza podía hacerlo. Todos ellos sentían, en lo profundo de su ser, los vínculos de afecto y respeto que los unían. Valoraban el esfuerzo común que redundaba en provecho de todos, pues su trabajo les permitía obtener del medio ambiente lo que les era necesario para llevar una vida siempre plena.

El profesor tuvo la oportunidad de vivir con un grupo de humanos compuesto de diez familias con sus respetivos padres, madres e hijos. Llegó a conocer sus nombres, los cuales denotaban la individualidad de cada uno de ellos en un lenguaje sencillo y claramente inteligible para la mentalidad propiamente racional. Era admirable ver la organización del trabajo conjunto empleado en la caza de mamíferos terrestres, en la pesca de especies marinas y en la recolección de frutos de infinitas variedades. El mundo entero era su hogar, nada ni nadie les imponía límites, todas las especies vegetales y animales estaban a su disposición. Era inconcebible, y hasta absurdo, que alguien tomase más de que le fuese necesario para el sustento de la vida. La vida era el centro de la existencia misma, la vida era valiosa y útil para el individuo y para la colectividad, la vida era protegida y valorada por todos. No era beneficioso ni conveniente para ese grupo de seres humanos perder uno solo de sus miembros, por cuanto tal pérdida afectaba negativamente la seguridad y el provecho que la comunidad recibía de todos y cada uno de sus integrantes.

Durante su estadía con las familias de dicha colectividad, el docente viajero disfrutaba de su participación en las tareas diarias de la vida comunitaria, gozaba de la compañía de sus anfitriones, de la pureza del aire que respiraba; se deleitaba del agua que bebía, del sabor de los alimentos que comía; se deslumbraba de la claridad de los límpidos cielos que veía; se regocijaba de la frondosidad de los bosques que lo rodeaban, de la fragancia de las flores, del canto sinfónico de las aves. Se admiraba de la sencillez y funcionalidad de las provisionales habitaciones campestres

bajo cuyos techos descansaba durante los días de sol intenso; se sentía seguro en las cuevas donde él y sus compañeros buscaban refugio de las inclemencias del clima, de las tormentas, de los rayos, de las inundaciones. Todas las personas de la comunidad experimentaban el sentimiento sublime de la superioridad humana frente a las fuerzas de la Naturaleza. Sus rostros reflejaban la felicidad que proviene de la vida en unidad y el éxtasis que produce la contemplación de la belleza interna y externa.

Nada de lo que había visto en su sueño contradecía los conocimientos adquiridos por el profesor Altavera durante varios años de estudio. El intelecto del académico parecía haber dado un giro de la teoría a la práctica.

Ese mismo día de octubre, ya en el local universitario, se reunió con su equipo docente, del cual era jefe, y todos sentaron las pautas para el comienzo del año lectivo e iniciar la clase que estaba programada con los alumnos del curso de Historia Analítica de la Humanidad sobre el capítulo correspondiente al origen del hombre y la vida en la Comunidad Primitiva.

En una breve alocución referente al proceso evolutivo por el cual el hombre se hace hombre a lo largo de cientos de miles de años, el profesor Altavera puso énfasis en la naturaleza armónica de las relaciones entre los hombres primigenios y la habilidad de estos para utilizar el medio ambiente en beneficio de ellos mismos siguiendo los dictados de la racionalidad y los atributos de unidad, libertad e igualdad esenciales a la realidad humana.

Abierto el debate, uno de los estudiantes, de nombre Raúl González, habló de la siguiente manera:

—Es un postulado común dentro de algunas escuelas antropológicas afirmar que el hombre primitivo mantenía una relación de dependencia absoluta con respecto al medio ambiente en el que vivía y, por tanto, bajo esas circunstancias, no podemos afirmar la existencia de la libertad humana. Por otro lado, las relaciones entre los hombres primitivos estaban determinadas por

la urgencia de adquirir los bienes que cada uno de ellos necesitaba para poder subsistir bajo las adversas condiciones del mundo prehistórico. Por eso pienso que es muy probable que los hombres tenían que luchar entre ellos, y aun destruirse, para facilitar o para impedir despojos mutuos.

—Reconozco la existencia de tales escuelas de pensamiento —respondió la alumna Rosa Martínez—, mas los planteamientos por ellas propuestos son contradictorios a la historia y a la realidad evolutiva del hombre. Al hablar de la libertad humana hemos de afirmar que el medio ambiente no la limita ni destruye, por cuanto la Naturaleza carece de intencionalidad. Solo un hombre, en ejercicio de su intencionalidad, es capaz de limitar o destruir la libertad de otro hombre. Cuando hablamos del medio ambiente en el mundo prehistórico, no podemos ignorar el hecho de que todas las especies animales encuentran en su ambiente geográfico todo lo que necesitan para emerger y mantener su existencia en condiciones óptimas. Ninguna especie puede subsistir, ni menos emerger, si no es sustentada por un ambiente favorable. El ser humano no escapa a esta realidad biológica, pues él, desde sus etapas pre-homínidas, ya vivía en ambientes propicios a su surgimiento y desarrollo. De lo contrario, el hombre nunca habría iniciado su proceso evolutivo de humanización. En lo que se refiere a las relaciones entre los hombres primitivos, hemos de afirmar que tales relaciones fueron, necesariamente, armónicas, pues asumir lo contrario implicaría aceptar el absurdo de que los hombres, para evolucionar, necesitan destruirse a sí mismos.

—¿Es posible acaso aceptar —preguntó otro estudiante— que de su irracionalidad y materialidad pre-humana el hombre haya alcanzado, por un proceso meramente evolutivo, las etapas de racionalidad que hacen de él lo que en esencia es?

—Cuando hablamos de evolución —respondió el profesor Altavera— hemos de tener en cuenta que ella no es exclusivamente un elemento humano, sino que es propia de todo ser viviente y de todo lo existente en el universo. Las especies pre-homínidas

eran ya en sí mismas producto de largos procesos evolutivos, los cuales, en su devenir, daban origen a un sin número de especies biológicas, desde las más incipientes hasta las más complejas. Es un hecho observable que muchas de las especies que conforman la escala zoológica poseen diversos grados de inteligencia que se manifiestan a lo largo de su existencia. En estos casos, tales grados de inteligencia corresponden a determinados momentos evolutivos por los que atraviesan las especies. En lo que al hombre se refiere, hemos de afirmar que él también ha pasado y sigue pasando por momentos evolutivos que ahora lo ubican en la cima de todo ser viviente. Su admirable habilidad de perfeccionarse a sí mismo lo condujo a crear sus propios atributos de libertad, igualdad, racionalidad y otros que evidentemente son resultados evolutivos de la materialidad humana. La libertad, la igualdad y la unidad entre los hombres no son atributos que existen en el vacío, sino que, por el contrario, son producto de la realidad comunitaria en la que ellos conviven siguiendo los designios por ellos mismos establecidos y en virtud de la propia naturaleza humana que en ellos es innata. Por el contrario, la ausencia de libertad, igualdad y unidad representa una negación de lo que hace que a los hombres se les llame seres humanos. Dejamos, pues, establecido que, sin libertad o igualdad o unidad, el hombre sería un ser incompleto cuyo curso evolutivo se revertiría irremisiblemente hasta llegar a la extinción.

—Considerando la validez de las afirmaciones antedichas —dijo el alumno Jorge Larios—, tengo entendido que debe haber alguna razón que explique por qué algunos científicos se empeñan, a toda costa, en presentar al hombre de la Comunidad Primitiva como un salvaje, deficiente en atributos racionales.

El profesor auxiliar Manuel Álvarez, que era uno de los miembros del equipo docente, hizo uso de la palabra para dar respuesta al alumno Larios:

—En una sociedad como la actual, en la que los hombres viven divididos en clases socioeconómicas antagónicas y en la que la

libertad ha sido convertida en un privilegio exclusivo de los grupos opresores, resulta conveniente y necesario para estos grupos negar la existencia de hombres que hayan demostrado ser libres y capaces de vivir en unidad. Es propio de las sociedades clasistas montar un cuerpo de seudocientíficos que traten de justificar que el ámbito normal de vida humana es el de la explotación del hombre por el hombre.

Antes de terminar la clase, el profesor Altavera intervino para enfatizar que el curso bajo su dirección estaba orientado a la enseñanza de la verdad histórica, la cual no podía estar basada sino en la verdad, cumbre y cúspide de todo afán académico.

Al salir del salón de clases, algunos estudiantes se acercaron al docente en jefe para expresarle el interés que tenían en abordar, en la próxima sesión, el tema sobre las causas que determinaron el rompimiento de la unidad existente en la Comunidad Primitiva y el consecuente surgimiento de las clases socioeconómicas antagónicas que hasta ahora conocemos. Asintió gustoso el profesor y, después de reunirse con el equipo académico, todos se dirigieron a sus casas.

Durante los días anteriores a la sesión programada, el profesor universitario revisó libros, revistas de asociaciones profesionales, publicaciones en internet y los planes de lección que había utilizado en años anteriores; puso énfasis en el estudio de la ciencia de la antropología, de la biogenética, de la paleontología, de la historia de la humanidad; hizo comparaciones y exámenes analíticos sobre el tema en cuestión y, cuando quedó satisfecho del resultado de sus esfuerzos preparatorios, se fue a dormir. Esa noche tuvo otro sueño extraordinario que lo llevó, como en un viaje, al mundo del año diez mil antes de Cristo.

En este viaje, el profesor Altavera hizo un recorrido por varias agrupaciones humanas que habitaban la tierra. En todas ellas encontró que las condiciones de vida propias de la Comunidad Primitiva seguían vigentes y que los habitantes mantenían el

mismo grado de armonía y unidad tanto entre ellos como entre las comunidades vecinas. Era notorio que estas agrupaciones habían incrementado el número de sus integrantes y mejorado su sistema de cooperación colectiva y trabajo comunal. Era obvio que ni el aumento en la población ni los progresos en las condiciones socioeconómicas de vida tenían la potencialidad de destruir el sistema comunitario en que vivían los hombres.